

Las nuevas posibilidades del amor

P. Carlos Avellaneda

Meditación Jueves Santo 2011

Introducción

Buenas noches a todos. Gracias por venir a este encuentro de matrimonios. Deseamos inaugurar este Jueves Santo una tradición nueva con los matrimonios de la Merced. En la noche en la que Jesús promulgó en la última cena el mandamiento nuevo del amor: “Ámense los unos a los otros” (Juan 13,34), queremos reflexionar sobre el “amor matrimonial”, tan necesitado de una renovación en sus actitudes y estilos. Durante todo este año los grupos de matrimonios de la comunidad tendrán la oportunidad de profundizar más detenidamente las reflexiones que ahora proponemos de modo sintético.

Comienzo aludiendo a un film bastante controvertido estrenado esta semana en Roma perteneciente al actor y director italiano Nanni Moretti. Se llama “*Habemus papam*” (“*Tenemos papa*”), aludiendo al anuncio que el cardenal camarlengo realiza en la Plaza de San Pedro cuando es elegido un nuevo pontífice en la Iglesia. Precisamente así comienza la película. Hay miles de fieles reunidos en la plaza y cuando sale por el balcón de la Basílica el cardenal anunciando con gran alegría que la Iglesia tienen un nuevo papa... desde dentro de la habitación donde está el elegido se escucha un grito: “¡Noooo!”. De modo sorpresivo, el nuevo papa es víctima de un ataque de pánico que lo lleva, angustiado y deprimido, a rechazar el nombramiento porque que no se siente capaz de ejercerlo. El papa renegado huye de San Pedro y recorre las calles de Roma, vestido con vestimentas de laico para no ser reconocido, preso de la confusión y con un montón de cuestionamientos en su interior. Los cardenales del cónclave llaman entonces a un famoso psiquiatra que intenta hacerse cargo de la situación y hace terapia grupal con los máximos responsables de la Iglesia, organizando algunas actividades y entretenimientos entre los ancianos, a la espera de una solución.

Sobre presencias y ausencias

El planteo de la película es muy simbólico del espíritu de la época. En medio de un tiempo donde hay tantas ausencias y defecciones, tantas fugas y desapariciones de quienes se esperan

ejerzan su rol y responsabilidad, hasta el máximo símbolo de responsabilidad en el mundo como es el papa, se retira de la escena, rechazando asumir su cargo por miedo y sentimiento de incapacidad e impotencia.

La película fue criticada por los medios católicos que aluden a la falta de fe del planteo por demás humano. Ya no sólo el papa se ausenta en el film sino también Dios, Cristo y el Espíritu Santo, que jamás aparecen en el plan de la película. No obstante, el planteo es directo: Hasta la máxima autoridad mundial se siente en estos tiempos incapaz de ejercer su rol y responsabilidad.

Me parecía interesante comenzar aludiendo a este film "*Habemus papam*", porque podríamos multiplicar este título en forma interrogativa, preguntándonos: "¿Habemus esposo?" "¿Habemus esposa?", "¿Habemus padres?", "¿Habemus hijos"? Cada vez es más común el diagnóstico que señala la ausencia de las personas en el ámbito de sus relaciones, no sólo por la falta de tiempo para "ser" y "estar" ante los demás en el rol que deberían cumplir, sino sobre todo, por la seria dificultad para asumir la misión que le toca a cada uno y, entonces, huir de ella. Cónyuges fugados o fugitivos, padres ausentes, e hijos que no están...: ése parece ser el panorama cada vez más habitual en nuestras familias. Detrás de los variados motivos de esta ausencia o borrada generalizada (falta de tiempo, multiplicación de actividades, estrés por el trabajo y los problemas, tendencia a vivir fuera del ámbito hogareño...) hay un motivo de fondo que explica dicha ausencia: la sensación de desborde y agobio ante la responsabilidad de ser uno mismo ante los demás y para los demás. Depresiones, angustias y evasiones se multiplican de modo cada vez más habitual.

La noche del jueves santo es precisamente en los evangelios, la noche de las huidas temerosas, las ausencias por pánico y las defecciones más inimaginables que dejarán a Jesús solo¹. Es una noche en la que, sin embargo, se produce la máxima presencia, la de Jesús y su decisión de entregarse por amor a los hombres.

Una presencia convoca a otra presencia y la hace posible. Porque él está, estamos nosotros. La eucaristía que hemos celebrado y adorado es la Presencia del Resucitado que permanece entre nosotros y nos convoca a hacernos presentes no sólo aquí y ahora, sino presentes en nuestra vida cotidiana. Gracias a ella podemos decirle a Jesús y entre nosotros: "Si vos estás, yo estaré".

En un sentido inverso a lo que vengo diciendo, podemos afirmar que una ausencia provoca otra ausencia. ¡Qué difícil es para una mujer "estar" y hacerse disponible con un marido "ausente" o "borrado"! ¡Qué desmotivante es para vos como esposo no poder contar con tu mujer porque ella está tapada de tareas y ocupaciones con los hijos, la familia grande, etc.! ¡Qué ingrato es ser padres de una familia donde los hijos no quieren estar en casa... quizás porque crecieron sin que sus padres estuvieran de modo significativo con ellos durante largo tiempo!

¹ "Entonces Jesús dijo a sus discípulos: «Esta misma noche, ustedes se van a escandalizar a causa de mí. Porque dice la Escritura: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño»... «Te aseguro Pedro que esta misma noche, antes que cante el gallo, me habrás negado tres veces», Mateo 26,31.34).

La eucaristía: presencia de amor que pide una respuesta de amor

La eucaristía es una Presencia convocante. Ella pide adoración, pero no como evasión de nuestra vida cotidiana. Pide adoración como respuesta amorosa y comprometida en nuestro día a día. La eucaristía es una presencia de amor ofrecido que pide una respuesta de amor vivido. Jesús que da la vida en cuerpo y alma, humanidad y divinidad, pide una respuesta equivalente: que nosotros nos entreguemos totalmente: cuerpo, alma y humanidad de hombre y mujer, haciéndonos así presentes de modo personal y significativo en nuestra vida y la de los nuestros. La eucaristía es “acción” que convoca a la acción, no “pasividad” que provoca pasividad. Por eso en la misa que acabamos de celebrar, el rito de la cena del Señor incluye otro gesto dramático y actuado: el del lavatorio de los pies. Lavatorio de “unos a otros”, dice Jesús (Juan 13,14). Expresión del amor recíproco, del amor de “unos a otros” (Juan 13,34-35; 15,12.17). Ubicada en este contexto, la eucaristía es el sacramento que hace presente el amor que pide amor, que hace posible y pide la comunión (sacramento de la comunión), es decir: la *reciprocidad*. La eucaristía es el *sacramento de la reciprocidad* cuando, al recibirla, no consumimos algo sino que acogemos a Alguien que se nos entrega, y lo hacemos con la intención de corresponder con nuestra propia entrega.

Santidad matrimonial: el amor de reciprocidad

¿Qué tiene de santísimo el Santísimo? ¿Qué es lo santo? ¿Qué es lo divino? ¿Qué o quién es Dios?... “Dios es amor”, dice su Palabra (1 Juan 4,8). ¡Lo santo es el amor! El Santísimo es el Amor perfecto que por eso hace posible nuestro amor como respuesta. Nuestra relación con la eucaristía no termina en la adoración del pan consagrado sino en la entrega amorosa y cotidiana de nuestra vida a quienes amamos. Y si lo santo es el amor, es precisamente mediante el amor a los demás que nos transformamos en santos. La santidad es el amor vivido. La santidad matrimonial no significa asumir “poses” espirituales o prácticas de piedad que puedan disimular mi incapacidad para amar y ser feliz con los míos. La santidad laical y matrimonial pasa por madurar en la capacidad de comunicarse, amarse recíprocamente en la pareja y con los hijos, y vivir ese amor “en el Señor”, en su gracia.

Siempre me cuidé de plantear a los esposos cristianos el desafío de la santidad, pensando que muchos de ellos atraviesan crisis, problemas de comunicación y conflictos de relación... Pensaba: ¿cómo proponer la santidad matrimonial a personas que apenas están zafando de una separación? Sin embargo hoy me animo a hacerles este planteo de vivir la santidad “juntos” porque he comprendido que la santidad es nada más y nada menos que el amor vivido tal como Jesús lo enseña y como un hombre o una mujer de hoy lo necesitan experimentar: *el amor de reciprocidad*. Poder superar modelos de vinculación donde priman las luchas de poder, el silencio, el maltrato y la incomunicación sólo es posible si cada cónyuge se plantea su vida como un camino de maduración en la propia capacidad de amar y así, acercarse a Dios.

¿Huir del descenso o aspirar a ser campeones?

Si me dejan recurrir a una imagen un tanto profana –la del fútbol – les diría que es común pensar que un equipo que apenas está escapando del descenso difícilmente aspire a ganar el campeonato. Sin embargo, en el actual campeonato clausura, River (mi equipo) está pudiendo salir de la zona de promoción, peleando el campeonato. Va primero en la tabla (a la fecha del jueves 21 de abril) y así se asegura no descender. Con este ejemplo, me animaría a decir que las parejas no tienen que plantearse sólo zafar del divorcio y renunciar a vivir una espiritualidad matrimonial que los haga cada día un poco más santos y así más felices. Creo que si buscan juntos la santidad mediante el *amor de reciprocidad* se olvidarán de la separación (como un equipo que va primero y se olvida del descenso), porque disfrutarán del modo en cómo están juntos: unidos por un amor recíproco y maduro. Ésta es una santidad casera, cotidiana, sencilla, pero verdadera y gratificante.

Una santidad contemporánea

La santidad ha tendido a lo largo de los siglos de la Iglesia diversas expresiones conforme a los tiempos en que fue vivida y siempre fue contemporánea respecto del tiempo en que la vivieron cada uno de los santos. Los cristianos debemos poder vivir, en cuanto varón y mujer, la Buena Noticia del amor en las circunstancias históricas que nos son contemporáneas. Esto significa que la santidad matrimonial no puede expresarse viviendo un estilo de amor, por así decir “extemporáneo”, que dé lugar a un vínculo que no responda a las aspiraciones de *equidad* y *reciprocidad* del hombre y la mujer de hoy. Podríamos hablar, entonces, de la necesidad de una “santidad contemporánea” que, como fruto de la gracia, refleje el amor radical de Cristo Esposo y simultáneamente encarne aquí y ahora las actitudes que hacen posible una relación matrimonial plena y satisfactoria y también un vínculo parental fecundo y nutricional.

Hoy en día el matrimonio es planteado no como un vínculo de sumisión de la mujer al marido y de los hijos al padre de familia. Es planteado como un vínculo de reciprocidad y equidad en el aprecio de las diferencias. Pienso que los vínculos están sufriendo una transformación que los fragiliza por el mismo hecho de estar siendo vividos de una manera nueva. La familia tradicional está mutando hacia nuevas formas de configuración. Lo que se desestructura de este modo es una forma de vivir la familia. La ruptura de la tradición patriarcal del varón productor y único proveedor del hogar, y de la mujer agente exclusiva de reproducción, alteró pautas culturales profundamente arraigadas en cuanto a la distribución del poder conyugal, a la toma de decisiones, a la educación de los hijos. Todo esto movilizó la estructura de las relaciones y de los roles en la familia. El matrimonio es propuesto hoy como una alianza de amor, vivida en la equidad y la cooperación: *un vínculo de reciprocidad*. Es por eso que la actual crisis del amor matrimonial guarda relación con el proceso de su transformación: de un vínculo institucional de sujeción y pertenencia, propio de la cultura patriarcal, a otro personal y de reciprocidad, propio de tiempos democráticos e igualitarios.

El proceso de individualización y los cambios en los roles sexuales

En la actual cultura vincular influyen dos factores muy importantes que desafían la conformación y estabilidad de las relaciones: 1) el proceso de individualización, 2) los cambios en la configuración de las identidades de género.

Respecto del *proceso de individualización*, sintetizo la cuestión diciendo que este fenómeno está íntimamente unido a la búsqueda de la autonomía, la libertad, la subjetividad, la personalización, la propia vida, la auto-conciencia, la auto-realización, el placer, la intimidad, la privatización, el pluralismo, etc. Hoy las personas aspiran a vivir para sí mismas y ser felices, y no desgastarse para sostener una “institución” como la familia. El cambio producido en lo que tradicionalmente se consideraba un buen matrimonio significa que su centro principal está ahora en el *individuo*, con sus deseos, necesidades, ideas y planes propios; en una palabra, que está en la *felicidad personal*. O, dicho de otra manera, que la forma de pareja que está emergiendo se sustenta en una *reivindicación de la propia vida*. Por supuesto, esto hace que la relación sea más vulnerable y hasta más propensa a la ruptura, pues, si el vivir juntos no puede satisfacer lo que se espera de dicha relación, la conclusión será vivir solos. Se ha pasado de lo que el individuo puede hacer para la familia a lo que la familia puede hacer para el individuo.

En referencia a los *cambios en las identidades de género*, la individualización significa que los seres humanos son liberados de los roles sexuales tradicionales, internalizados en tiempos de la familia nuclear y que, simultáneamente, se ven obligados a construir una existencia propia y un nuevo perfil de hombre y mujer adaptado a los tiempos. La relación de pareja es uno de los escenarios privilegiados donde se entrecruzan de modo conflictivo los modelos y costumbres tradicionales heredados con las tendencias innovadoras. Varios de los fenómenos como la valoración de la “libertad individual” y la “autonomía”; la reivindicación de las “aspiraciones individuales”; el rechazo a una “identidad adscrita” y la búsqueda de una “identidad propia y elegida”; el desarrollo de una “conciencia democrática” en las relaciones; el derecho a una “vida individual”, a la “propia vida”; el deseo de “vivir juntos”, pero “con nuestras diferencias”, etc., han generado desde hace años una enorme transformación de la identidad de género en las mujeres que, necesariamente, ha movilizado la posición del género masculino. Esto significa que la autodeterminación de las mujeres ha representado un factor de cambio respecto de la situación vincular anterior. El modelo de nueva feminidad –el nuevo modo de ser mujer– está esperando ser acompañado y correspondido por una nueva masculinidad que tarda en llegar. Aquí se juegan cuestiones como la organización de la vida cotidiana de la pareja, del tiempo, de los roles y tareas, la manera de tomar decisiones y ejercer el poder, manejar el dinero, educar a los hijos, etc.

Las nuevas posibilidades del amor

Todo esto nos lleva a darnos cuenta que está terminando un modo de vivir la relación matrimonial y familiar, y por eso se abre una nueva modalidad. Si se debilita un modelo vincular pensemos juntos cómo construir uno nuevo que exprese la verdad del amor humano y cristiano ¿Cómo pueden los esposos organizar saludablemente su relación recíproca y cómo es bueno que

vivan el vínculo con sus hijos? ¿Cómo integrar los deseos personales con el proyecto conyugal y familiar? ¿Cómo abordar el ejercicio de la autoridad y la educación?

Responder a estos interrogantes es lo que me gusta llamar el descubrimiento de las “nuevas posibilidades del amor”. Esto significa dejar de intentar copiar modelos vinculares del pasado, inspirados en determinados estereotipos superados, e imaginar de modo creativo un vínculo relacional que sea personalizante para los esposos y toda la familia. Aquí la “creatividad” y el “amor” no sólo van juntos, sino que uno expresa la autenticidad del otro. Pienso que la vida cotidiana actual encierra nuevas posibilidades de amor que deben ser exploradas y vividas con creatividad, plasmando de este modo una auténtica santidad matrimonial.

Por eso, a la luz de la fe, los cristianos descubrimos que el cambio cultural y la crisis en la vida de la pareja de hoy se convierten en una oportunidad para proponer una espiritualidad conyugal que sea un camino que los esposos recorran juntos descubriendo las nuevas posibilidades del amor.

Una espiritualidad del vínculo

Frente al actual crecimiento de las demandas individuales de las personas, será necesario que la espiritualidad cristiana explore y proponga los rasgos de una *espiritualidad del vínculo* que integre el planteo de la *individualización* con el de la *personalización*; es decir, que conduzca al individuo al reconocimiento del “otro”, abriéndolo a vivir relaciones generosas y gratificantes. Si en el *modelo patriarcal* el vínculo del hombre con la mujer era planteado bajo la lógica del sometimiento y la sumisión, en el *modelo de equidad* ese vínculo es propuesto en términos de *reciprocidad*: única forma de relación donde las diferencias no son amenazantes, sino que retroalimentan y enriquecen a las personas.

¿Cuáles podrían ser las condiciones para desarrollar un nuevo modo de vinculación varón–mujer que asuma los desafíos actuales? Propongo esquemáticamente algunas:

- **Vivir en primera persona:** tener clara conciencia de las propias heridas (heredadas de mi pasado familiar), de mis necesidades y posibilidades, de mis sentimientos, deseos y expectativas. Todo eso influye en el vínculo matrimonial y familiar; por eso se hace necesario llevarlo al plano de la conciencia y tomar la decisión de expresarlo. La comunicación con los demás comienza en la comunicación que uno entabla consigo mismo. Desconectada de sí misma, una persona no puede comunicarse con otra. Mientras no sea consciente de lo que a mí me pasa conmigo mismo, adjudicaré la causa de esos sentimientos a los demás.

- **Reconocer al otro:** respetar al otro como alguien diferente de uno mismo; desarrollar la capacidad de escucharlo, registrarlo, percibir a ese “tú” que hace posible la experiencia del “yo”. Sólo esto permite crear un “nosotros” significativo: íntimo pero no fusionado.

- **Las diferencias:** un "yo" y un "tú" determinan la existencia de dos seres distintos, diferentes, que no están hechos a imagen y semejanza del deseo del otro. Reconocer, respetar y complementar las diferencias potencia el vínculo. Es necesario renunciar a la pretensión de cambiar al otro y convertirlo en lo que yo quiero.

- **El misterio:** hay una parte del otro que se hace inaccesible, no por ocultamiento, sino porque corresponde a sus zonas más esenciales e intransferibles. Un misterio personal no es un secreto enfermizo que retengo y callo, asilándome de los demás. El misterio de la propia persona es nada menos que mi más profunda identidad creada por Dios y que deber ser acogida y respetada por mí y por los otros. El misterio personal es uno mismo: la propia subjetividad y originalidad de tener que ser yo y serlo por mí mismo. Nadie puede ser por mí. Nadie puede suplir mi tarea de ser yo. La vida de pareja no anula la soledad de la propia subjetividad, sino que la hace vivible.

- **La aceptación:** una vez conocidas las diferencias y respetado el misterio de cada uno, la aceptación aparece como requisito esencial del vínculo. Aceptación no es tolerancia ni resignación (aguantar la "imperfección" del otro). Significa tomar por bueno lo dado. El otro es quien es, quien hoy puede ser. Aceptar la realidad del otro no excluye la esperanza de su evolución y crecimiento; es más bien su posibilidad. Sólo aceptando al otro y poniéndome a su lado puedo acompañarlo a recorrer un camino de evolución y crecimiento.

- **El tiempo:** conocerse, conocer, ser conocido; aceptarse, aceptar, ser aceptado; explorar diferencias; tender puentes entre ellas: todo esto requiere *tiempo*. La ilusión, la magia y el enamoramiento son instantáneos; no necesitan conocer ni profundizar. El amor sí. Por eso el tiempo es una de sus condiciones básicas. Tiempo vivido, no sólo transcurrido; aprovechado, no desperdiciado. Aprovechar el tiempo significa crecer, madurar, evolucionar como persona. La principal causa de los conflictos matrimoniales y de relación se deben a la falta de desarrollo personal de los miembros de la pareja. Después de años de casados no está bien ser el mismo que el día de la boda. Si la "vida de a dos" no me hizo madurar y crecer, no estaré en condiciones de amar como lo exigen las nuevas circunstancias y de asumir los desafíos que la vida me propone en su despliegue continuo.

- **El encuentro:** el verdadero encuentro afectivo entre dos personas se produce cuando ha habido complementación de diferencias y aceptación mutua. Un vínculo interpersonal de largo alcance no comienza por el encuentro, sino que arriba a él como punto de llegada y

fruto de un proceso. El encuentro se da a partir de lo que realmente es cada uno con lo que es en verdad el otro.

- **La responsabilidad:** el respeto hacia el otro, la comprensión de que él o ella no es alguien al servicio de mis expectativas, implica el ejercicio de la responsabilidad. Un vínculo responsable es aquel en el que cada quien responde por sus actos ante sí y ante el otro, sin necesidad de buscar "culpables" externos o internos, sin poner pretextos o vanas explicaciones intentando encubrir la propia falta de compromiso y creatividad para amar.
- **El acompañamiento:** quienes llegan a acompañarse a lo largo de un prolongado tramo de sus vidas suelen hacerlo no como producto de un juramento inicial, sino de las experiencias compartidas que dinamizaron un crecimiento personal y de pareja, también de los proyectos cumplidos, los propósitos alcanzados, los sufrimientos compartidos y el reconocimiento mutuo. Crecer como matrimonio implica para los esposos garantizarse espacios personales de autonomía y libertad, viviendo de modo creciente como compañeros de vida y amor.
- **Espiritualidad matrimonial:** ya la describimos como una *espiritualidad del vínculo*. Es el dinamismo del amor que el Espíritu imprime en la vida de una pareja cristiana y se expresa en la recíproca entrega de cada esposo, abriéndose al don de los dos hacia los hijos, conformando así la comunidad familiar. Esta espiritualidad surge de la experiencia misma de la relación de los esposos. Es la vida de fe vivida "de a dos": como pareja. Aquí no se anula la propia y diferente espiritualidad individual de los cónyuges, pero se vive la experiencia de Dios presente, actuando y hablando *a través del vínculo*, ya que ese vínculo es el que se convierte en "sacramento". La fe matrimonial ayuda a mejorar la calidad relacional de la pareja (no tanto a soportar su malestar) y a acercarse a Dios mediante la relación amorosa. Los cónyuges cristianos viven esta espiritualidad descubriendo a Dios presente en el interior de su vínculo físico, afectivo y espiritual –con sus idas y vueltas–, ya que él constituye el núcleo del sacramento. Así la historia de amor de cada pareja puede ser vivida como una historia de salvación.

Terminando esta reflexión que los grupos de matrimonios tendrán oportunidad de reflexionar durante el año, les propongo rezar el Padre nuestro y confiar a su Amor el amor de ustedes. Hagámoslo con una fe adulta, con deseos de explorar las nuevas posibilidades de un amor más maduro y vivirlo en la propia pareja y familia.